

INTRODUCCIÓN

Todos seguimos el guion que nos meten en la cabeza cuando todavía no tenemos edad ni para decidir qué queremos merendar.

Crecemos, estudiamos, trabajamos... y un día te das cuenta de que estás viviendo una vida que nadie ha elegido conscientemente, solo estás cumpliendo normas. Nos enseñan a obedecer, no a decidir.

En el colegio te enseñan las partes de un volcán, a resolver polinomios, a señalar el sujeto y el predicado de una frase. Y no digo que eso esté mal. Digo que no es lo urgente.

Porque mientras yo sabía cómo se divide una célula, nadie me explicó cómo no hipotecar mi vida por aparentar, nadie me enseñó a entender el dinero, nadie me habló de crear algo propio. Algo útil. Algo que pagara mi libertad.

Nos preparan para aprobar exámenes, no para vivir. Y el problema no es el contenido. El problema es el orden.

Primero debería ir lo importante: cómo generar ingresos, qué significa firmar una hipoteca, cómo hacer una declaración de la renta, qué comer para no reventarte la salud, cómo gestionar lo que ganas. Las cosas básicas para no joderte la vida.

Luego, si quieres, ya veremos si el gótico lleva arco de medio punto, qué es una corchera, una fusa, los pronoms febles o qué hizo Pere III el Cerimoniós. Pero hay una razón por la que eso no pasa.

No puede enseñarte a vivir en tus términos alguien que nunca ha vivido en los suyos.

Si a quien tiene que explicártelo le han enseñado lo mismo que a ti...

si ha seguido el mismo camino...

si nunca ha salido de ahí...

¿cómo coño va a mostrarte una salida?

No es culpa suya. Es el sistema funcionando exactamente como fue diseñado: para que no te hagas preguntas, para que no levantes la cabeza, para que creas que lo normal es intercambiar tu tiempo por dinero hasta que te jubiles.

Y lo más peligroso de todo:

que ni siquiera te plantees que existe otra forma de vivir.

Yo también lo seguí.

Hasta que un día me di cuenta de que estaba viviendo una vida que no había elegido.

Nadie te pregunta qué vida quieres. Y lo más jodido no es eso, sino que lo vemos normal. Te repiten la historia tantas veces que un día te la crees. Nadie te sienta frente a una mesa, te mira a los ojos y te pregunta qué cojones quieres hacer con tu vida.

Eso sería peligroso.

Obligaría a pensar.

Y más de uno se levantaría de la silla y no volvería.

En lugar de eso te hacen la pregunta aparentemente seria, aparentemente responsable, aparentemente adulta:

—¿Qué vas a estudiar?

Como si elegir una carrera fuera elegir un destino.

Como si ese papel enmarcado fuera la llave de la felicidad.

Como si ahí estuviera la solución mágica.

Y claro, tú contestas. Porque es lo que toca. Porque todo el mundo lo hace. Porque parece que si no lo haces te sales del

camino y entonces vienen las miradas, los consejos de cuñado y el miedo. Pero la pregunta importante nunca aparece. Nadie te enseña a pensar en qué tipo de vida quieres tener, en cómo quieres levantarte cada mañana, en cuánto tiempo quieres que sea tuyo y cuánto estás dispuesto a vender. Eso no entra en el temario.

Aquí no estamos para cambiar el sistema, ni para quemar universidades. Aquí estamos para algo mucho más incómodo y mucho más útil: mirarnos de frente y decidir hacia dónde queremos ir. Porque en el momento en el que tienes claro eso, todo lo demás se coloca o se va a la mierda, que también es una forma de orden.

Tiene infinitamente más sentido plantearte qué quieres hacer con tu vida y, solo después, ver si necesitas estudiar algo para conseguirlo. Igual sí. Igual no. Igual necesitas formarte por tu cuenta, aprender de otro modo, moverte por otros caminos que no salen en los folletos. Pero al menos la decisión nace de ti y no de la inercia, del miedo o de lo que queda bien en las cenas de Navidad.

Porque cuando lo haces al revés pasa lo que ya sabes que pasa, aunque todavía no quieras reconocerlo del todo: terminas en un trabajo que odias, cambiando horas de tu vida por un dinero que no te hace libre, levantándote con un nudo en el estómago los lunes —y los martes, y los miércoles— para ir a un sitio en el que tienes que ver a gente que no elegirías ni para compartir un ascensor. Haces cosas que no te importan lo más mínimo mientras obedeces órdenes de tipos a los que un día ascendieron, les dieron un despacho dos metros cuadrados más grande, un cargo nuevo en la firma del correo o doscientos euros más al mes... y la fantasía de que ahora son alguien.

Y van por ahí con autoridad moral para decirte cómo tienes que vivir tus días.

Que les jodan.

La buena noticia —y esto es lo que más rabia da cuando lo descubres— es que hay otra forma.

Que puedes ganar dinero sin tener a nadie vigilándote el reloj, ponerte fuerte, decidir tus horarios y construir una vida que se parezca bastante a lo que te da la gana.

Sin pedir permiso. Sin reírle las gracias a nadie. Sin tener que darle a “me gusta” al comentario de LinkedIn de un jefe que te escribe un mensaje corporativo lleno de palabras vacías y que sabes que lo hace por obligación.

Y no te lo digo desde un libro de autoayuda escrito por alguien que no ha salido de su despacho. Te lo digo porque lo he hecho. Porque sé lo que hay al otro lado. Porque he visto a otros hacerlo cuando dejan de contarse historias y se ponen a aplicar lo que hay que aplicar.

Que quede claro desde el principio: aquí cada uno disfruta como le da la gana.

Hay quien es feliz tirado en la playa.

Otros necesitan una montaña para respirar.

Y hay quien disfruta de una buena comida con amigos, alargando la sobremesa mientras arreglan el mundo. Perfecto. Todo bien.

Nadie ha venido aquí a decirte cómo pasar un domingo.

Pero luego están las cosas en las que coincidimos todos, aunque no queden bonitas en Instagram: todo el mundo quiere vivir bien, tener salud para no desayunar ibuprofeno y disponer de tiempo para los suyos sin estar mirando el reloj. A nadie le pone cachondo ir justo a fin de mes, conducir un coche reventado, ni vivir en un barrio donde por la noche caminas girando la cabeza cada diez pasos. En eso no hay debate. Ahí jugamos todos en el mismo equipo.

Y lo más fuerte es que estás leyendo esto en la mejor época de la historia para espabilar.

Puedes vivir donde te dé la gana si te lo montas bien.

Puedes trabajar con alguien que está en la otra punta del

mundo.

Puedes aprender lo que quieras gratis desde el móvil mientras estás cagando.

Y aquí sí, aquí viene la parte que a muchos no les gustará leer: no todo el mundo que tenga este libro en las manos lo va a conseguir. No porque no se pueda, sino porque la mayoría prefiere sus excusas, sus miedos bien ordenados y esa basura mental que sirve como anestesia para no moverse. Cambiar da vértigo. Pensar por cuenta propia da trabajo. Hacerse responsable de tu vida no tiene aplausos inmediatos.

Pero si tú estás aquí para otra cosa, si tú estás aquí porque intuyes que hay una manera distinta de jugar esta partida, entonces sigue leyendo. Porque lo que viene no es teoría. Es un camino.

Y ese camino, si lo recorres de verdad, te saca de la puta fila.